

C2 Cosmopolitas¹

FRANCISCO JARAUTA
Murcia (España), 1 de marzo de 2004.

La extensa y multidisciplinar formación de FRANCISCO JARAUTA, en Valencia, Roma, Münster, Berlín y París le han convertido en uno de los pocos humanistas que, avalados por un ejercicio crítico panóptico, ejercen una diagnosis completa sobre la complejidad contemporánea. Sin miedo a ejercitar el juicio —social, político o estético—, de extraordinaria sensibilidad, monumental sabiduría, e intensa actividad profesional, editorial y docente, Francisco, es un intelectual holístico (no por vago sino por extenso), un hombre único y un espectacular orador. Es el observador perfecto para dilucidar la importancia de las cosas que suceden en tiempo real y uno de los más capacitados para ofrecer evaluaciones intermedias que nos permitan situar nuestro trabajo a medio hacer y seguir involucrados en el cambio. (Izaskun Chinchilla).

Pocas épocas como la nuestra se han visto sometidas a procesos de transformación tan profundos y acelerados que recorren por igual sus estructuras económicas, políticas, sociales y culturales. Estos procesos, que han venido a interpretarse bajo los conceptos de globalización y mundialización, son la causa de una nueva situación planetaria marcada por una creciente complejidad e interdependencia. Se trata de un nuevo orden del mundo que ha modificado cualitativamente el sistema de poder heredado de la Segunda Guerra Mundial dando lugar a un nuevo escenario en el que son cuestionados buen número de postulados estratégicos, obligando a nuestro tiempo a un difícil esfuerzo reflexivo por explicarse e interpretarse a sí mismo con la intención de una mejor comprensión de su propia multiplicidad. Bastaría asomarse al debate sociológico de las dos últimas décadas para observar la intensa y apasionada dedicación a observar los procesos, las transformaciones que los acompañan y su posible futuro en una deriva compleja y difícil de pronosticar.

De acuerdo con la perspectiva adoptada, el análisis se orienta en una u otra dirección. Unas veces, el énfasis recae sobre los efectos negativos que acompañan a las transformaciones antes citadas. Estos efectos pueden individuarse por igual en niveles tanto antropológicos como estratégicos. La identidad se ha convertido en una de las cuestiones más problemáticas y difíciles de resolver en el mundo contemporáneo. La relativización de los referentes culturales y simbólicos del mundo moderno ha convertido la identidad en una cuestión central, dando lugar a una reflexión cargada de una intensidad obsesiva (Z. BAUMAN) deudora de la pérdida de seguridades que acompaña su problematización.

Igualmente acontece con lo político, una vez que su lugar, el Estado-nación, se ve superado por instancias de poder supraestatales, lo que conlleva un vaciamiento del espacio político clásico. Este desplazamiento de lo político hacia otras instancias de poder obliga a redefinir los espacios de la política al igual que los de la democracia. La aparición de nuevos agentes económicos y financieros, capaces de supeditar al sistema de sus intereses las decisiones de los poderes políticos ha problematizado una vez más la autonomía de lo político para dar lugar a nuevas formas de dependencia que podemos ya observar a nivel planetario. Se trata de una crisis de lo político que adquiere una relevancia mayor cuando las decisiones acerca de la parte de la humanidad más desfavorecida se ven cautivas del sistema de intereses económicos regido por criterios ajenos a la defensa del bien común. Cuando U. BECK habla de «sociedad del riesgo», nos remite en última instancia a la situación radical derivada, por una parte, de la ausencia de mediaciones políticas frente a la complejidad de los nuevos conflictos; y, por otra, por la generalización de un modelo de administración del mundo, gestionado desde el inhumano sistema de intereses, ajeno a los fines morales que en la tradición moderna se había constituido como horizonte moral. Fuera de él crece la barbarie que funda lo injusto haciendo crecer los riesgos y sus consecuencias. Se trata de una situación que exige y urge la creación de una conciencia planetaria capaz de plantear desde la perspectiva de la época y sus dificultades un proyecto político que haga suya la nueva complejidad y que construya las mediaciones necesarias (sujetos y prácticas sociales) capaces de establecer una nueva orientación del mundo actual.

Es éste el horizonte de la discusión y la crítica. Frente a la incertidumbre de la época (Bauman ha insistido en la génesis y comportamiento de esta situación), se hace necesario un trabajo que posibilite una nueva perspectiva desde la que pensar la multiplicidad del mundo contemporáneo, sus transformaciones y su futuro. Un futuro que ya está presente en los conflictos y tensiones actuales, pero que precisa de la intervención de los nuevos sujetos políticos atentos a la construcción de un orden del mundo acorde con los postulados morales que la modernidad pensó como fundamentales.

En este contexto de transformaciones globales y nuevos conflictos, los acontecimientos del 11 de Septiembre se han convertido en el referente simbólico de un cambio de época. Si una década antes la caída del Muro de Berlín fue el hecho que explicitaba el final del siglo XX, los sucesos del 11 de Septiembre inauguraban dramáticamente

¹ Artículo originalmente publicado en el número 101 de *Le Monde diplomatique* (edición española), marzo de 2004

el XXI. A este acontecimiento se ha respondido con una intensa y apasionada reacción. Las ideas que regían y orientaban los análisis anteriores a esa fecha, de pronto, quedaron obsoletas y los augures del final de la historia se veían sorprendidos por la fuerza con la que se imponían aquellos hechos. Éstos, más allá de toda previsión, irrumpían con fuerza insólita en el escenario de la época que había hecho de la globalización su horizonte económico, político y cultural. Igualmente entraba en juego un dispositivo político nuevo a nivel planetario conducente a la neutralización de riesgos y a la afirmación de un poder planetario, instancia única e indiscutible del futuro orden del mundo.

Sin embargo, muchas otras preguntas e incertidumbres están hoy sobre la mesa y hacen necesaria más que nunca una reflexión y análisis que acojan la complejidad del mundo contemporáneo a efectos de un mejor entendimiento de sus condiciones. Nos hallamos ante una nueva realidad histórica que se ve obligada a revisar las tácticas dominantes a lo largo de estas últimas décadas de globalización. Una situación que no ha sido evaluada en sus efectos y riesgos, al estar especialmente atenta a la defensa de los intereses estratégicos y menos a los llamados *efectos colaterales* que, al final, pasan a ser dramáticamente los lugares por excelencia en los que se radicalizan los nuevos conflictos. Una mirada sobre el mundo actual nos muestra un escenario cada vez más dramático en el que los desajustes progresivos pasan a transformarse en condiciones límite, marcados por la importancia de aquellos países, víctimas de condiciones arbitradas desde otros intereses. Nos encontramos así ante una «geopolítica del caos», como escribía recientemente THÉRÈSE DELPECH. Son tres cuartas partes de la población del planeta las que están sometidas a condiciones de vida infrahumanas y a la imposibilidad de hacer frente a su futuro, conscientes al mismo tiempo de un futuro en el que se verán agravadas en términos generales sus actuales condiciones de vida.

Frente a esta situación, hay que construir nuevos dispositivos políticos que nos permitan a su vez crear nuevas mediaciones frente a los nuevos conflictos y riesgos. Consiste en avanzar en una línea más próxima a un nuevo cosmopolitismo político que a una polarización militar del mundo. La defensa fundamental de las instituciones internacionales como la ONU resulta hoy innegociable. Se trata, en efecto, de pensar desde una complejidad creciente a favor de soluciones que abracen el difícil contexto creado por el modelo de globalización desarrollado. La búsqueda de *otra globalización* abre las puertas a interrogantes críticos frente a los que hoy podrían reconocerse como pragmáticas de un sistema atento más a evitar su crisis que a superar sus consecuencias.

Ante todo esto (la guerra de Irak sería un capítulo específico a analizar en este ambiente de decisiones estratégicas y crisis de lo político), la constitución de un *gobierno global* es la única alternativa no sólo a la guerra y a los conflictos internacionales, sino también a la destrucción del planeta y de la especie humana. Regresa de nuevo a la discusión política el viejo proyecto kantiano (el KANT de *Zum ewigen Frieden*) del cosmopolitismo como garante de un futuro moral para la humanidad, de una «paz perpetua».

El contexto de la discusión está abierto y hoy puede considerarse ésta una de las tareas más urgentes a resolver cara al futuro. Bastaría asomarse a la amplia literatura sobre el tema para entender tanto su complejidad como el desafío que significa. Juristas, politólogos, sociólogos y filósofos como RICHARD FALK, DAVID HELD, ULRICH BECK, ZYGMUNT BAUMAN, DANILO ZOILO o JÜRGEN HABERMAS son hoy referentes obligados para el estudio de las implicaciones y desarrollo de esta idea. Sin entrar en la discusión de los argumentos y posiciones (no es éste el lugar) sí quisiera recoger los aspectos centrales. Para FALK, un «orden mundial justo» sólo puede ser garantizado por un «*central guidance system*» que se oponga a los objetivos perseguidos por cada uno de los Estados. La consecución de esta idea pasa por la expansión de una «democracia transnacional» radicada en la eficacia del derecho internacional, en la garantía de la paz y en la tutela de los derechos humanos. La base social de la nueva estructura constitucional y democrática no es otra que la naciente *global civil society*, constituida por la compleja red de iniciativas varias, particularmente las inspiradas en los movimientos ecologistas y de defensa internacional de los derechos humanos.

Para DAVID HELD el horizonte pasaría por una «democratización global» de las relaciones internacionales que permitiera la construcción de un orden internacional fundado sobre principios constitucionales y democráticos. El sistema de las Naciones Unidas contiene en sí mismo la posibilidad de desarrollos jurídicos y políticos que avancen en la dirección de una gestión comunitaria de las relaciones internacionales. En otra dirección complementaria, BECK entiende que la realización de un nuevo cosmopolitismo debe apoyarse en las condiciones de una progresiva «trans-nacionalización» del mundo. Son las condiciones sociológicas y culturales del mundo actual las que a largo plazo facilitarán una comprensión postnacional de la política, del Estado, de la justicia. BAUMAN, por su parte, defiende la necesidad de un nuevo universalismo político que garantice la comunicación y la comprensión de todos los hombres, pero que al mismo tiempo se construya sobre la base de una nueva forma de tolerancia y de reconocimiento de las diferencias culturales. La universalidad es la *conditio sine qua non* de una república cosmopolita y la única alternativa posible a las «fuerzas ciegas, primitivas, erráticas, incontroladas, divididas y polarizantes de la globalización». HABERMAS, finalmente, insiste en la necesidad de reforzar las instituciones internacionales. La propuesta kantiana de un «Estado de derecho» debe ser aceptada y radicalizada. Para Habermas, la construcción de un orden mundial pacífico (*Weltfriedensordnung*) pasa a ser el objetivo primero de un cosmopolitismo activo que nazca de una nueva cultura política y de la transformación de los sujetos políticos modernos. La organización cos-

mopolita del planeta ya no es una quimera: la ciudadanía nacional y la ciudadanía cosmopolita tienden a fundirse en un *continuum* social y político que, como anota ZOILO, puede llamarse ya «sociedad mundo».

La defensa de este ideal kantiano, interpretado desde las condiciones del mundo actual, se ve acompañado de nuevos desafíos políticos. Es necesario plantear un nuevo *paradigma político* que haga suya la complejidad del mundo actual y todos aquellos efectos derivados del proceso de globalización. La construcción de una *sociedad mundo* (*Weltgesellschaft*) pasa por el reconocimiento de esta complejidad que en ningún caso debe plantearse abstractamente, sino desde sus condiciones reales. Allí se encuentran las raíces de los nuevos conflictos, las tensiones de los nuevos radicalismos, las dificultades para mediar en la solución de los mismos. Consiste en volver a construir una política capaz de hacer suyos los ideales morales nacidos en la época moderna y volverlos a pensar de forma global, es decir, para toda la humanidad. Este proyecto sólo será posible si se articula en una mirada y concepción nuevas del mundo. A una historia global le corresponde una nueva gramática de las civilizaciones, como decía BRAUDEL, de las relaciones internacionales y de los fundamentos políticos que rigen el mundo. Se trata de construir aquellas perspectivas y mediaciones que, acordes a la complejidad actual, hagan posible un nuevo estado del mundo, un estado más libre, más justo, más humano.